

HACIENDO MEMORIA DE LA SITUACIÓN SALARIAL DEL MÉDICO



Dr. Manuel Zeledón Pérez

En el periódico La Nación del 23 de enero del 2016 y en la Sección de hace 50 años se rememoran algunos hechos atinentes a huelgas médicas y eso nos hace meditar y que se nos venga a la memoria la situación hostil que se nos presentaba a los médicos que veníamos del exterior a iniciarnos en nuestro medio costarricense, hace 60 años.

Hacíamos un internado obligatorio en que nos pagaban 450 colones, pero esa suma subía, aún más, con el pago de guardias nocturnas o de sábados o domingos y el sueldo promedio llegaba a 1100 colones por mes. Para esa época, considerábamos que era un sueldo muy bueno, únicamente que si el médico terminaba ese período de esta buena paga y que era solamente de un año y ese colega, quedaba automáticamente, desempleado.

Los médicos que queríamos seguir trabajando, con el único Hospital clase A, que era el Hospital San Juan de Dios, nosocomio de gran prestigio, de mayor aprendizaje y de toda la clase de patología. Nos atraía esa mecánica de labor grandemente, a los médicos que queríamos progresar y que esto hacía que nos quedáramos estancados en nuestra misión como profesionales exitosos.

Lo inconveniente de esta Institución de Caridad, era que la Junta de Protección Social, sólo pagaba un sueldo simbólico de 160 colones y en el caso de los que trabajamos en cirugía, las jornadas de trabajo eran de 8 a 10 horas, más disponibilidades sin remuneración, por supuesto, también por las tardes y las noches.

Cuando nos tocaban turnos de emergencia, se hacía cirugía a cualquier hora del día y de la noche, de domingos o de días feriados y eso sí, por los mismos 160 colones.

En realidad, es que nosotros no pensábamos en la retribución económica por un trabajo que le traía gran satisfacción, estímulo de servir como médico y que esa retribución que le confería al profesional, era la manera de adquirir honor dentro de la sociedad josefina y que nuestra población lo conociera como médico entregado a la humanidad, con amor a sus pacientes.

Los médicos actuales no se pueden imaginar la forma tan poco permeable que era romper el muro, de los médicos que ya habían conseguido el éxito y gozaban de un estandar de privilegio. Tal honor, por haber demostrado ser de los médicos notables. Abrirse campo, para un médico nuevo con clientela particular o un sueldo, en esa época, era cosa de titanes. Las pocas instituciones que pagaban salarios eran el Ministerio de Salubridad, el Instituto Nacional de Seguros, la Caja Costarricense de Seguro Social (que por cierto, ésta última apenas comenzaba su proyección de inicio en el país y sus servicios de prestación médica eran muy poco extensos). Por lo tanto pocas horas de empleo para médicos.

Un médico joven decía: “pero cuando ustedes iniciaban el ejercicio profesional de esa época, si habrían un consultorio médico, inmediatamente se conseguía, una nutrida clientela en poco

lapso!” y desde luego, eso llenaba todas sus expectativas económicas y tomando en cuenta que la población era muy pequeña, la clase media muy fortalecida, los médicos pocos numerosos, ese núcleo de gente de ese entonces pronto convertía al galeno, en un profesional muy acaudalado.”

Tal aseveración tenía parte de cierto, lo que no se dan cuenta los que piensan en tal forma, es que el San José de ese entonces era muy pequeño, era una verdadera aldea y sólo los médicos que tenían un gran prestigio eran los afortunados con esa valiosa clientela. Los josefinos nunca llamaban a un médico que no fuera de renombre para sus males, desde luego, nos referimos a la clientela privada. En los medios urbanos los ciudadanos acudían a los servicios de caridad y si eran campesinos acaudalados buscaban los médicos de fama en la capital.

La gran mayoría de los médicos de esas épocas preferíamos trabajar en la ciudad capital, abríamos consultorio, pero teníamos que hacer muchos méritos caritativos y elocuentes con la clientela del Hospital San Juan de Dios; para que al pasar los años, la gente agradecida de esta pequeña población, nos diera valor en nuestras acciones y nos fuera conociendo: por los logros en los tratamientos, por la entrega abnegada al paciente, por el trato cordial a las familias y por toda clase a tributos positivos.

Mientras el médico no consiguiera ese “galardón” el profesional pasaba penurias económicas, tenía que vivir muy austero. Con mucha suerte conseguía que se le pagaran una o dos horas en las instituciones que remuneraban y que aludimos con anterioridad. Este profesional al que nos hemos referido, se convertía en “un médico taxi”. En la mañana entregaba sus horas al “Hospital de los Pobres” y en la tarde, dos horas en Salubridad, una hora en la Medicatura Forense, dos horas en el Hospital Central de la Caja y a las cinco de la tarde a ver unos dos pacientes privados o hacer visitas a domicilio, eso, para poder llegar a las diez u once de la noche, a socorrer a su pobre sacrificada esposa e hijos, desprovistos del calor y apoyo paternal.

Esta tragedia del profesional médico que venía de pasar penurias en las universidades extranjeras, a veces en ideomas duros de aprendizaje, donde se le trataba con gran indiferencia por largos años, por profesores con ego supervalorado. El estudiante de medicina en esos grandes centros mundiales es un individuo que se pierde en una multitud, muy numerosa de gente que lo desconoce y en que los profesores lo mansillan sin contemplación. Ahí, no existen amistades ni compadrazgos, no importa si asiste a clases o no lo hace, lo que priva es que a la hora de los exámenes finales el rendimiento del verdadero conocimiento en las materias sea una realidad, de lo contrario no se avanza en ascenso de formación profesional ni se cristaliza su carrera profesional. Diferencia existe en nuestras universidades, en que se contempla el esfuerzo personal, la asistencia a clases, los aportes en el transcurso del año escolar, etc. En esos medios anteriores, a que nos referimos, al estudiantes no se le tiene consideración alguna o sabe la materia o no avanza, los profesores son inaccesibles, no permiten que el estudiante se les acerque a pedir una explicación o aclarar una duda, no existe alternativa alguna.

Al leer la sección de HACE 50 AÑOS, del domingo 23 de enero del 2016 y que dice a la letra “Todos los médicos han entregado ya, a la Unión Médica Nacional su renuncia por escrito. la renuncia es a partir del primero de febrero próximo y se hará efectiva el 1° de marzo”. Nos viene a la mente esos momentos de angustia del cuerpo médico nacional, en que los médicos de varios años de ejercer en el país veníamos en la drasticidad de las acciones médicas y el comienzo de la transformación de ejercer este de apostolado, abnegación y sacrificio.

Indudablemente era un cataclismo de transformación de la medicina de caridad por la medicina por salario, por horas programadas, por jornadas fijas y por horas extras. Los médicos viejos no concebíamos esa forma tan inhumana de practicar la profesión pues se nos enseñó en los medios universitarios otra forma de servir a la humanidad.

Para el que escribe estas líneas fue, el pivote de gran valor y estatura, que con su tenacidad y gran entrega que puso el asunto en la palestra Nacional el Dr. Jorge Suárez Loaiciga. Médico eminente que hizo que los médicos tuviéramos “Los Estatutos Médicos” y con valentía absoluta se impuso ante la Legislación de la Nación Costarricense. Pronto vendría la universalización de la socialización de la medicina, el médico, como simple trabajador debería tener un sueldo acorde, para afrontar su economía particular, pues de hecho, se convertiría en el apéndice esencial de esa transformación de la Medicina Socializada.

Pronto al médico se le otorgó el pago de 4 horas de trabajo y eso constituyó un respiro para los que trabajábamos la jornada completa por 160 colones. El pago de 3500 colones se constituyó un aliciente de estímulo, y de ahí en adelante con los años el médico llegó a recibir el pago de las 8 horas por su jornada de trabajo. El médico no era un desempleado que recibía migajas por su gran esfuerzo de entrega a la caridad pública.

Es injusto que el Dr. Jorge Suárez Loaiciga nunca se le hayan reconocido sus valiosos méritos, como hombre-galeno que otorgó al médico costarricense esos valores de un sueldo justo, por su trabajo de gran responsabilidad y tezón, que lleva el médico en su trajín diario. Éste ha sido un profesional que ha luchado muy duro, por su carrera sacrificada y que merece y merecía una buena compensación salarial.

Entonces el Dr. Jorge Suárez Loaiciga fue el motor, quien ha sido ignorado a través de los años y que debería tener, por lo menos un busto, tanto en la Unión Médica Nacional como en el Colegio de Médicos y Cirujanos, para recordar la memoria de este gran hombre que revolucionó el actuar de la humanidad tica hacia el galeno. Le dió por la ley la capacidad de que se le pague por su trabajo y desde que comienza a laborar en cualquier institución médica.

*Dr. Manuel Zeledón Pérez
Director*